



CERTAMEN NACIONAL DE CUENTO 1979 · 2019

General Cabrera · Diciembre de 2019

Palabras Preliminares

El *Certamen Nacional de Cuento*, organizado por el Área de Cultura de la Municipalidad de General Cabrera, se realiza en forma ininterrumpida desde 1979.

El concurso se pensó en adhesión a los festejos por el 86° Aniversario de la fundación de la ciudad y desde ese momento se sostuvo a pesar de los devenires históricos y los cambios de gestión.

En esta 41° Edición del *Certamen*, se recibieron 169 cuentos de 117 autores.

Agradecemos a todos los participantes e involucrados en la organización del *Certamen*.

Jurado ∞

*Pablo Dema
Dalia Prado
José Di Marco*

Índice

6	Son sus cosas PRIMER PREMIO
9	El otro costado de la casa SEGUNDO PREMIO
13	El vestuario TERCER PREMIO
16	Judith MENCIÓN
19	Boyero MENCIÓN
22	Ruido MENCIÓN
24	Test MENCIÓN
27	Cuarto oscuro MENCIÓN
30	Maravilla MENCIÓN

Son sus cosas

Mariana Richardet

Seudónimo: dishx

Ciudad de Córdoba

Papá está raro. Lo llamo para avisarle que el fin de semana voy al pueblo. Saúl “el Canelo” Álvarez y Chávez Jr. pelean el sábado, lo veamos juntos, digo antes de cortar.

Mamá me busca en la terminal. Su casa está a unas cuadras pero ella siempre nos espera cada vez que volvemos. Después de almorzar me muestra el jardín, crecieron las paltas que sembramos un tiempo después de alquilar.

A la tarde camino a la casa del viejo compro un par de cervezas y una picada que ya viene lista. La transmisión empieza en un rato.

Toco el timbre. Cuando me fui le devolví la llave, quizás debería haberme quedado con una copia por las dudas, pero me pareció que no me iba del todo si no renunciaba a algo. Y la llave fue mejor que dejar mi cama o los discos de pasta o el cuadro con la camiseta de Boca firmada por Palermo. Mis hermanos conservan sus llaves y cuando vuelven al pueblo entran sin llamar. Les digo que al menos golpeen la puerta ¿y si el viejo está con una mina?

Me abre en bata y con el pelo revuelto, contento de verme. Enseguida dice que me tiene que mostrar la casa y comienza una visita guiada por los lugares de las reformas. Levantó los azulejos agrietados del baño y cambió las cañerías, también puso todos los sanitarios nuevos. El piso del living es un estucado que hizo a mano. Demolió una pared y la cerró con una puerta de vidrio que da al jardín. Puso leds de colores entre los árboles y con el control remoto me muestra la secuencia de colores cambiantes.

–A las visitas les encanta esto, así les termino el recorrido por la casa – dice Papá mientras las lucen cambian de amarillo a violeta.

– ¿Estás recibiendo muchas? – pregunto.

– ¿Qué cosa? – me contesta.

– Visitas.

–A veces... Esta es una chapa nueva, resiste la piedra –dice y señala el techo. Cambié las tejas por planchas acanaladas.

–Estás inspirado, viejo ¿qué te atacó?

Levanta los hombros y se ríe. Mientras vivíamos acá no tocó una pared, ni puso un taco Fisher, ni cambió la gomita de la canilla del lavadero que perdió durante años. ¡Qué curioso que dejes que la cocina se pudra entera, justo el lugar donde me paso el día! decía mamá con el delantal puesto mientras veía la mancha negra avanzar sobre de ella. Papá le contestaba que no se pusiera melodramática, que si tanto le molestaba, llamara al plomero. Pero mamá no lo hizo, supongo que ver cómo el moho iba tomando las alacenas, el olor de los días de lluvia, la sal apelmazada, la luz haciendo en cortocircuito y los estornudos de alergia le daban fuerzas y la afirmaban en su decisión de irse.

Prendo el televisor nuevo que está en el living, cincuenta y cinco pulgadas, pantalla curva. Una vista aérea de los más de veinte mil espectadores en el T-Mobile Arena de Las Vegas es tan vívida que parece que estamos ahí. Papá abre una cerveza.

– ¿Cuánto te costó esto?

– Y, tengo que llenar la casa con algo.

– Conseguite un perro –digo y me río.

– Abrí la picada querés... –dice él y sube el volumen.

“Esto es una Guerra por el Orgullo Mexicano...” comenta a viva voz el periodista deportivo. Y empieza la pelea.

Miro boxeo desde chico, por las apuestas. Todo gracias al viejo. Cuando había peleas en el pueblo nos llevaba a verlas, mis hermanas incluidas, y nos tiraba unos mangos para que le diéramos a uno. Sentados delante del ring, contábamos la cantidad de jabs, swings, ganchos y crochets que veíamos. Sabíamos que un buen golpe no era solo el movimiento del brazo, sino el efecto de ubicar cada parte del cuerpo en el lugar correcto y todo eso tenía que hacerse al mismo tiempo, sincronizado como una bailarina de ballet como decía papá. Yo guardaba el ticket de la apuesta en el bolsillo del pecho de la campera y cada tanto la palpaba para comprobar que estaba ahí y hacía cuentas de lo que iba a comprar si ganaba.

Saco doscientos pesos y los pongo sobre la mesa.

–Le doy a Saúl, por nocaut – digo.

Papá me mira, los ojos le brillan. Tenemos reglas, el que le juega al favorito tiene que poner el doble. Pero hoy las aguas están divididas, cualquiera de los dos puede ganar. Abre la billetera y sube la apuesta. No tengo más remedio que igualarla. Espero que Saúl no me falle.

Termina el tercer round. Saúl dio un par de golpes desestabilizadores, Chávez Jr. está en problemas, no sabe cómo ubicarse. Creo que desde el vamos hay mucha expectativa sobre él, es hijo de campeón, lo bueno es que por ahora la apuesta está de mi lado.

Me levanto al baño, camino por el pasillo en penumbra. Las puertas de nuestras habitaciones están cerradas, no hay luces debajo de la rendija, ni música de pasacassetes, ni gritos por el turno del baño. No debe ser fácil acostumbrarse a esto.

– ¡Alcanzame los anteojos de la pieza! – grita papá.

Me extraña que la puerta de su habitación también esté cerrada. Al entrar, enseguida reconozco el perfume de su colonia, huele a otra época. Busco los anteojos en su mesa de luz, el estuche tiene grabado el logo de la óptica del pueblo que se fundió hace años. Antes de salir descubro un vestido tendido sobre el respaldo del sillón que está al otro lado de la cama. Pienso en la mujer con la que fantasean mis hermanos, me acerco. La tela está percutida por el sol, pero reconozco la estampa de margaritas y las manchas debajo como si se asomaran en el tiempo y lo veo colgado en la soga mientras con los chicos jugamos a los pistoleros tirando balas de semillas de granada, que pegan en el vestido.

En la mesa de luz descubro la Enciclopedia de Medicina Natural, un paquete de caramelos Mentoplus negro, un pote de crema para manos y un vaso de agua lleno de burbujitas. Me siento en la cama. La luz del jardín entra por la ventana y proyecta las hojas del árbol sobre la pared. El viento las mueve, las esfuma y cuando se detiene, vuelven a su forma. Afuera se escuchan los aspersores, el agua sobre la loseta.

– ¿Qué hacés? – dice papá.

Me asusto al verlo así asomado en la puerta ¿cuánto hace que está ahí?

– Son sus cosas... – digo mirando hacia la mesa de luz.

Escucho que Papá se da vuelta y sale, arrastrando las pantuflas. Guardo los Mentoplus en el bolsillo. Mamá nunca supo cuál de los seis era el que se los robaba. Por un momento me quiero quedar ahí sentado hasta que ella entre y por fin me descubra.

Cierro la puerta de la habitación al salir. Desde el fondo del pasillo veo a Saúl. Sacude con fuerza. La cámara lo enfoca. El Canelo golpea y se pone todavía más colorado. Chávez Jr. intenta reponerse. Pero ya es demasiado tarde.

El otro costado de la casa

Ariel Guzmán

Seudónimo: Sissons Burke

Ciudad de Córdoba

En esta parte de la ciudad el día de mayor movimiento es el sábado. Los que trabajan, y pueden, bajan del colectivo después del mediodía cargando bolsas repletas con compras del supermercado. Los otros también se apuran para comprar, aunque sea poco o fiado, en las carnicerías y almacenes para poder cocinar algo a la noche. La procesión de gente, en diferentes direcciones por las calles angostas de tierra, esquiva el barro y las personas se saludan con gritos o exclamaciones. La música suena fuerte desde temprano en algunas casas y no para hasta el domingo a la noche, cuando vuelven a prepararse para comenzar la semana al día siguiente aunque no tengan que trabajar.

Ese sábado se había vuelto insoportable para mamá porque decía que la música de cuarteto que se metía por las ventanas no respetaba su duelo. Chocaba con su estado de ánimo al cumplirse un mes de la muerte de papá. Lo único que la aliviaba un poco era quedarse sola dentro de la casa, acomodándola, descubriendo posibles arreglos, que eran muchos, imposibles de solucionarlos por la falta de plata.

Para ayudar a su tranquilidad, salía y me quedaba en esa franja de tierra que estaba entre la puerta y el tejido de alambre que nos separaba de la calle. Desde ahí miraba de reojo a los chicos que se juntaban en la esquina, a los costados de una ventana por donde atendían un kiosco. La mayoría de las veces eran siempre los mismos. A mí no me querían, yo mucho menos a ellos. Cada vez que pasaban por el frente de mi casa me hacían señas con el único fin de molestarte. A mi hermano sí lo querían, o al menos lo aceptaban. Él es más chico, tiene catorce, yo tengo dieciséis. Siempre que podía se iba con ellos. Lo saludaban golpeándolo en la cabeza o lo sacudían con una patada en el culo. Cuando se movían a otro lado del barrio lo llevaban sin prestarle demasiada atención.

Por mi hermano me enteré que me decían el cheto y que les parecía que lo que necesitaba era una buena trompada. Eso solucionaría mi

forma de ser. Papá también se juntaba con ellos cuando quería jugar al fútbol. La única vez que me llevó a mí y a Matías con él, intentó que jugara quitándole a un chico su puesto y metiéndome en la mitad de la cancha. No llegué a cumplir ni tres minutos o quizás menos. El qué se me vino de frente con la pelota me chocó y no pude evitar la caída. “¡Ponele fuerza! ¿Qué? ¿Tenés miedo a lastimarte?” gritó papá mientras me miraba tirado en el suelo. Me levanté y me fui a casa; Matías quedó pateando una pelota contra un árbol. Ese grito de papá ayudó a que todos pensarán que no pertenecía a este lugar. Perdí la consideración por ser su hijo y más cuando él murió.

Esperaba afuera a que Matías volviera de catequesis, después de tantas idas y vueltas haría la comunión a fin de año. Los chicos desde la esquina me silbaban de la misma manera que lo hacían cuando veían pasar una mujer linda. A los pocos minutos apareció Matías a lo lejos y se detuvo con ellos en el kiosco. Los silbidos dejaron de sonar y Matías se puso en la mitad de la calle haciéndome señas para que fuera hasta donde estaba. Dejé de mirarlo, pensaba que lo protegía de alguna manera observando su llegada, y me metí adentro. Al rato entró en la casa y tiró el cuaderno sobre la mesa. “Te hice señas. Vos tampoco hacés nada para que te quieran. Mirá.” Sacó del bolsillo un sobrecito de nailon transparente que tenía un pedazo de plomo deforme. Estiró la mano para que lo agarrara; se lo habían dado los de la esquina. Matías dijo que cada uno tenía el suyo y que era un amuleto de la suerte. No sabía que era y cuando preguntó todos se le rieron. Para mí era una bala que había impactado en algún lado, no se lo dije. Sí mostré con un gesto que me parecía un regalo insignificante. Me lo sacó de la mano con apuro y volvió a guardarlo. Después se puso a hacer lo de siempre. A entrenar el puño, a golpearlo despacio contra la pared a una corta distancia.

Papá había insistido que Matías era la esperanza de un boxeador en la familia. Contó, como una manera de incentivarlo, que los grandes boxeadores, los campeones, se consagraban porque habían gastado los nudillos de sus manos mucho antes de ponerse los guantes. Los que tenían manos lindas no llegaban a nada. Desde ese momento Matías pensó que golpearse consistía en una preparación necesaria para su futuro. Pasaba horas mirando la pared a la altura de sus ojos sin tener en cuenta donde impactaban sus manos. Las únicas veces que desviaba la vista era por algo que pasaban en la televisión.

Mamá estaba encerrada en su pieza con la puerta cerrada. Escuchamos cuando la abrió y nos llamó. Su voz sonó débil. Fui el primero en entrar y Matías quedó atrás. El ropero estaba abierto y la mitad que usaba papá vacía. En el piso, a un costado, dos grandes bolsas negras atadas que parecían a punto de explotar. Sobre la cama, tres camperas

de papá extendidas a lo largo. “Es lo único que les pudo dejar, elijan una para que sigan acordándose de él” dijo mamá sin quitar la mirada de la ropa. Matías se anticipó y eligió una campera negra de algodón más nueva que las otras dos. Esa era de la última época, de cuando papá había adelgazado sin explicación. Se la puso, subió el cierre, y salió corriendo. Quedé observándolas sin decidirme por ninguna. Las dos tenían el cuero fofo de tanto ser usadas. No hacía falta que me las probara para saber que cualquiera de las dos me quedaría grande. ¿Negra o marrón? Levanté la marrón y sentí ese perfume repúgnate de papá que olía sólo los viernes a la noche antes de que saliera a juntarse con sus amigos. Apoyé la nariz en la tela del interior al lado de un bolsillo. Respiré hondo dos veces y el aroma era distinto, mejor, como si me hubieran acercado las cosas buenas de papá para extrañarlo por única vez. Mamá me agarró de los hombros y me guió para que saliera de la pieza. Volvió a encerrarse.

Me miré en el espejo con su campera y parecía disfrazado. Busqué una bolsa, la metí adentro y la cerré con dos nudos, buscando aislar el aroma que despedía y que no dejaba de desagradarme.

Después de regresar de la escuela busqué la bolsa y salí. Empezaban los fríos y mamá no tardaría mucho tiempo en obligarme a usarla. Si desaparecía, como tantas otras cosas de la casa, se enojaría sólo por unos días y después se olvidaría. La dejé en la casa de una mujer que ayudaba al cura en las misas y que también recolectaba ropa y alimentos para los que lo necesitaban.

Al sábado siguiente, después de desayunar, mamá me pidió que la acompañara a la feria. Quería comprar una canilla porque la que teníamos goteaba y no la dejaba dormir. Salimos y Matías se quedó durmiendo. Mamá no lo sabía porque se la pasaba encerrada en su pieza pero la noche anterior se había escapado y había vuelto tarde, después de las doce.

La feria está a la orilla de un gran descampado, al costado de una calle por la que pasa el colectivo. Hay más de cuarenta puestos y se vende cualquier cosa. Avanzábamos y mamá preguntaba por una canilla. Los puesteros apuntaban a la misma dirección y nos miraban con desconfianza como si detrás de lo que necesitábamos sospecharan de otra cosa. Dejé que mamá se adelantara y me quedé distraído mirando juguetes importados de mala calidad. Nada de lo que veía y olía me gustaba.

Mamá corrió y se detuvo en el puesto de barriletes. Había cuatro que serpenteaban en el aire atados a la humedad de la tierra. Cuando la tuve cerca descubrí que su atención la tenía en el puesto que estaba al lado. Una señora vendía detrás de un tablón repleto de ropa. Atrás

de ella colgaba una soga donde exhibía más prendas. La campera de papá flameaba sin detenerse. Giró para buscarme. Su mirada triste y ausente, como si me despidiera, como si estuviéramos a un paso de un viaje que nos alejaría para siempre. Se metió por atrás del tablón, empujó a la mujer, y saltaba sin alcanzar la campera. Se resbaló y cayó de rodillas mientras gritaba que la campera era la de su marido. Dos hombres me agarraron de los brazos y los demás puesteros corrieron para socorrer a la señora que mamá había empujado.

Entramos a casa y mamá seguía quejándose mientras lloraba. Se preguntaba una y otra vez qué tipo de hijo era que parecía no tener corazón. Se levantó la pollera y de una de las rodillas empezaba a bajar un hilo de sangre. Dejó que la sentara y después de acercarle un vaso con agua salió Matías de la pieza con el pelo revuelto y en calzoncillos. Me pegó una trompada en el mentón. El golpe no me dolió pero quedé con la sensación que algo me había cambiado en la cara. Me pasé los dedos donde me había golpeado; descubrí que me había raspado. Ardía cada vez más. Él no dejaba de saltar, como si cumpliera con un ritual indio de agacharse y levantarse apurado. Se agarraba la mano con la que me había golpeado. En esa tenía el anillo nuevo, en el dedo anular, con el que apareció la noche anterior. Los gestos de su cara mostraban que era un dolor mucho más grande que el mío y que el de mamá.

Los tres quedamos sentados en silencio frente al televisor sin volumen. Yo miraba el patio por la ventana que estaba detrás. El sol caía al otro costado de la casa y por eso estaba oscura. Mamá trajo una caja de zapatos y sacó vendas y alcohol. Limpió su rodilla y se la vendó. Después sacó con cuidado el anillo de Matías y sobre el dedo le puso un cubito de hielo. Lo sujetó dándole varias vueltas con la venda. Para mí sólo hubo una curita. La apoyó en el mentón y la empujó sobre el raspón. No me miró a los ojos en ningún momento. Matías comenzó a temblar, seguía en calzoncillo y remera. Mamá levantó del piso la campera de papá y la olió como hice yo cuando me la había regalado. Se acercó hasta él y lo cubrió. A Matías le faltaba la otra mano vendada para terminar de parecerse a un boxeador que había terminado de pelear.

Pasaron quince minutos y seguíamos sin hablarnos, los conté para saber hasta dónde éramos capaces de soportar el silencio. Ellos no dejaban de mirarse la venda, su herida. Como yo no podía ver la mía seguía observando el patio por la ventana. Pidiendo que el tiempo pasara rápido y el sol cambiara de lugar, para que iluminara un poco mejor adentro de esta casa.

El vestuario

Roxana D´Auro

Seudónimo: Emilio Sapukai

La Plata, Provincia de Buenos Aires

Es la primera vez que va a la pileta después de la operación. Tendría que haber empezado hace como tres meses, pero ella prefirió esperar a que le creciera un poco el pelo. Cuando nades, con la gorrita, nadie se va a dar cuenta, le dijo su hermana y después a la salida te ponés la peluca. Pero ella no estaba dispuesta a dar explicaciones, que hace tanto que no te vemos, que flaca que estás, ¿estuviste enferma? Entonces se hizo socia de otro club. No quería testigos, por eso eligió este, más chico, bastante desprolijo para lo que ella está acostumbrada pero donde nadie la conoce y eso es una ventaja. También eligió el último turno, bien tarde, cuando la pileta está casi vacía. Cuando llega va directo al vestuario a cambiarse. El lugar es mínimo y precario. Se pone la malla y se mira en el espejo. Casi ni se nota. A su hermana, también se le ocurrió eso de coserle a la malla por dentro una almohadilla, para disimular. Sale envuelta en el toallón. Entra al agua y empieza a nadar. No es como siempre o como ella recuerda que era. Con cada brazada le tira la cicatriz. Hasta la axila. No le queda ni un milímetro de piel que pueda estirarse más, así que cada vez que hunde el brazo derecho, le tira. Su lado izquierdo, sin embargo, se mueve flexible y su teta sube y baja con el movimiento del agua. Sólo hay una chica nadando andarivel por medio. Cuando ella vuelve, la chica va. Ella decide salir antes de que termine su turno. Apura el paso para ir al vestuario. Hay dos duchas nada más, con un banco de madera enfrente. No hay ni un gancho para colgar la toalla así que deja todas sus cosas apoyadas en el banco. La ducha es apenas un trámite, enjuagarse el cloro, sobre todo del pelo tan finito que le quedó. Por suerte el agua sale bien caliente. Se saca la malla y la gorrita. Todavía ni empezó a enjabonarse cuando entra al vestuario la chica que estaba en la pileta nadando. Ella la espía por un costado de la cortina. La chica se desnuda mientras ella se demora abajo del agua esperando que la otra se meta de una vez por todas a bañarse, así puede salir. Mira su toallón que quedó afuera,

con todas sus cosas, no tiene como cubrirse. Pero la chica parece que no tiene intenciones de ducharse. Se desenreda el pelo frente al espejo que hay sobre el banco. Ella la mira en el reflejo del espejo, la ve cómo levanta los brazos para hacerse una cola de caballo, le ve las axilas sin depilar.

Desde lejos se escucha que afuera alguien golpea la puerta del vestuario:

—Lindas ¡en diez cierro!

—Ese pajero— dice la chica y se da vuelta tan de golpe que ella, adentro de la ducha, tiene miedo de que se haya dado cuenta de que la estaba mirando.

—¿Ya terminas vos? —le pregunta la chica y ella se apura en contestar:

—Sí, si— mientras se vuelve a poner con dificultad la malla húmeda sobre su cuerpo empapado.

—Te espero entonces, así salimos juntas —dice la otra.

El hombre afuera insiste: —Apurandoooo

Ya vaaaa —grita la chica furiosa y ella se da cuenta de que no puede perder más tiempo y sale de la ducha toda mojada y con la malla puesta, con los breteles todos enroscados.

—Soy Mara—le dice la chica. Está sentada con las tetas al aire, sus pezones son unas aureolas marrones enormes. No tiene bombacha y cuando se para ella le ve una mata enrulada en el pubis. Las dos se empiezan a vestir. Mara es la única que habla, no para de hablar. Dice que el baboso que las apura es el encargado y se calza con esfuerzo un jean ajustadísimo. Cuenta que a esa hora está él solo, que es el que cierra porque ya se rajaron todos, Ella la escucha mientras se tira encima el pantalón de jogging y la remera. Mara sigue: —El bañero es un tipazo, pero vive en la otra punta y si pierde el colectivo que pasa y cuarto después se queda de plantón más de media hora.

Ella ve que Mara se pone una remera escote en v por donde se le asoma la raya de las tetas. Baja la vista y guarda todo lo que le queda hecho un bollo en el bolso. Mara también se cuelga un bolso enorme del hombro y le dice: —Siempre pasa lo mismo, vengo al vestuario, sabe que me estoy cambiando y empieza a merodear. El miércoles pasado me agarré un cagazo bárbaro, pensé que se me metía adentro te juro, estaba atrás de la puerta meta ¿Listo linda?. Odio que me digan linda. No es que yo esté paranoica, vos fijate ahora cuando salgamos.

Por primera vez Mara la mira a ella de arriba abajo —Te vestiste arriba de la malla—le dice

A ella se le había mojado toda la ropa y donde la malla tenía la almohadilla empapada de agua, un manchón de humedad avanzaba sobre la tela

—Vivo acá nomás—miente. Me termino de cambiar en casa, no me gusta que me apuren.

El portero golpea de nuevo: — ¿Necesitan ayuda chicas?

— ¿Ves que te digo? ¡Qué suerte que tenés que vivís cerca! ¿No me acompañas a la parada del colectivo? —le pregunta Mara

—Claro—dice ella mientras salen.

El portero está afuera, con las llaves en la mano. Clava la mirada en el escote de Mara. A ella la pasa por alto.

—Buenas noches—dicen las dos cuando pasan a su lado.

—Buenas noches, hasta mañana—les responde él.

—Date vuelta—le susurra Mara a ella al oído. —Date vuelta disimuladamente y fijate si se queda mirándonos.

Ella la obedece, con disimulo se da vuelta y ve al portero mirándole el culo a Mara.

— ¿Y? —pregunta Mara

—Si— dice ella—nos estaba mirando el culo.

Judith

Milena Ezenga

Seudónimo: Artemisia Gentileschi

Ciudad de Córdoba

No recuerdo haber visto tanta mosca. El zumbido se escucha hasta adentro de la casa. Anoche, el ruido de las ranas y los escuerzos no me dejó dormir. Hace dos años que las banquetas están llenas de agua y eso es un caldo de cultivo para todo tipo de bicho. Por la radio, dijeron que hay alerta para esta noche. Se viene del sur. Y por el color de las nubes, trae piedra.

Horacio está sentado en el sillón. *¿Vos decís que se viene fea?*, pregunto. Escucho un ronquido. Como si la luz estuviera barata. El televisor está prendido y el control remoto en el piso, a unos pocos centímetros de su mano. Me llevo hasta el living a buscarlo. No entiendo cómo pudo haberse dormido en esa posición. Tiene la barbilla pegada al pecho. Cuando se despierte, el dolor de cuello lo va a matar.

Me acerco a acomodarle la cabeza y encuentro en uno de sus cachetes, cerca de la oreja, una mancha. Es chiquita, pero oscura. *¿Cuándo fue que le salió?* *¿La habrá tenido siempre?* Eso lo tendría que ver un dermatólogo. Apago el televisor y me acerco a revisarle la cara, cosa de asegurarme de que sea sólo esa. *¿Qué hacés?*, pregunta y salta del sillón. *Te estaba viendo la manchita esa que tenés en el cachete*, respondo. *¿Qué hora es?*, vuelve a preguntar. *Qué oscuro que está*, agrega después. *¿No te digo que hay alerta? No se aguantan las moscas, se va a venir fea.*

Horacio se levanta del sillón y prende el ventilador. Las paletas se revolean para todos lados. Y a mí me da una impresión que aunque haga cuarenta grados prefiero abanicarme con cualquier otra cosa. No recuerdo un verano tan caluroso como este. Hubo un enero (cuando yo tenía nueve o diez años) que jugábamos con Silvio, mi vecino de enfrente, a tirar huevos en el cemento y ver cómo se cocinaban apenas tocaban el piso. Nos levantábamos temprano. Él tocaba la puerta de casa y hacíamos corriendo las dos cuadras hasta el almacén. Mientras uno pedía un sachet de leche, el otro se escondía detrás de una góndola y robaba los huevos. Los escondíamos en una bolsa de tela

llena de algodón, así no se nos rompían de antemano. La señora que atendía nunca se dio cuenta. Y cuando nos quedábamos sin huevos, o los fines de semana, que el almacén no abría, jugábamos a sacarnos las ojotas y ver quién aguantaba más tiempo el calor del piso en los pies. Yo solía ganar, pero creo que Silvio lo hacía a propósito, porque gustaba de mí. Y aún así, creo que ese verano no fue tan pesado como este. Quizás son los años, o quizás es cierto esto del calentamiento global.

¿Vos decís que estos calores se van a pasar?, digo mirando el ventilador. Andan diciendo que por lo menos hasta mediados de marzo va a estar bravo, asegura Horacio. Eso es el calentamiento global. La gente no para de tirar basura. Bajo mis ojos hasta su nuca, esperando una respuesta.

Con Silvio yo solía tener conversaciones interesantes. Él traía una revista, *ExpoChacra*, y leíamos juntos la sección en que pronosticaban las cosechas. Nos anticipábamos a los inviernos secos, a los maíces petizos y al sorgo tupido. Sabíamos qué convenía sembrar, aunque ninguno de los dos tuviéramos campo, pero sé que en su mente, él nos imaginaba en uno. Yo soñaba con la casa, la disposición de los muebles, porque a mí también me gustaba un poco Silvio. Es que nos llevábamos tan bien.

Hoy es nuestro aniversario, Horacio, digo con mis ojos todavía fijos en su nuca. Hay que hacer un pollo, ¿querés? Horacio estira un brazo para alcanzar el control remoto que dejé sobre la mesa. Vuelve a prender el televisor y no me responde. No voy a hacerme mala sangre. Hago el pollo y listo. Si no le gusta, se jode.

Esta mañana, a eso de las once, cuando fui a destender la ropa, pasé junto al gallinero y vi uno que estaba justo. El sol estaba fuerte y tardé en doblar las camisas que habían quedado duras como un cartón. Y ahí me dije *voy a comprar unos limones y hacer un pollo a la sal.* Me acordé, desde temprano, que un día como hoy nos casamos con Horacio. Y pensé en el vestido que me había puesto esa noche y en mis amigas, que hace tanto que no veo. Las tengo que ir a visitar.

Hace mucho que no vemos las fotos del casamiento. ¿Qué será de la Graciela? ¿Te acordás el peinado que se había hecho?, digo mientras me acerco al espaldar del sillón en que está él. Anda jodida la Graciela. La vez pasada me crucé al hermano. Dice que andaba con una tos rara y no va que le encuentran una bolita en un pulmón. Y parece que es maligno. Cambia de canal. Esos son todos los venenos que andan tirando.

Se escucha el primer trueno. Voy a buscar el repasador y el cuchillo grande del primer cajón de la cocina. *¿Querés que haga un pollo con papas? Así festejamos el aniversario, insisto. ¿Con el calor que hace vas a prender el horno?, dice y me quita el cuchillo de las manos. Horacio se levanta y busca la piedra. Pasa la hoja de un lado a otro. Le gusta afilar. Se entu-*

siasma tanto que se pone colorado y empieza a transpirar. La mancha del cachete está ahora más oscura. *Ya está, con esto podés cortar hasta el cogote de un rinoceronte.* Me alcanza el cuchillo, tomándolo de la hoja y apuntándome con el mango.

Se escucha el segundo trueno. Voy hasta el lavadero y busco el delantal. No lo encuentro por ningún lado. Recuerdo que lo destendí esta mañana, con las camisas. Paso la cabeza por debajo de una de las tiras y lo ato a mi cintura. Desde la ventana, veo otro refusilo. Después, aparece mi reflejo en el vidrio. ¿A quién se le ocurre comprarse un delantal blanco? No tiene ni un año y ya está todo manchado. No me queda mal, de todos modos. Guardo el cuchillo en el bolsillo de adelante y me inclino un poco. Hacía mucho que no me veía tan bien. *Horacio, ¿te gusta cómo me queda el delantal?*, le pregunto. ¿En serio te vas a poner a hacer un pollo? Me doy vuelta y salgo de la casa con un portazo. La perra se me acerca, me lame los pies y jadea. Está muerta de calor, la pobrecita.

Se empieza a levantar el viento. El delantal se sacude para todos lados. Le agrego un nudo más adelante. La perra ladra. Ella presiente cuando la tormenta se viene brava. En el gallinero, los pollos están agitados. Tardo en encontrar al que vi esta mañana. Me parece que es el blanquito ese que está en un rincón. Tan quietecito, como si me estuviera esperando. Se escucha el tercer trueno y miro hacia atrás, hacia la casa. No se cortó la luz. Atrás de la ventana se lo ve a Horacio tirado en el sillón. Está dormido y el control remoto, otra vez en el piso. Después me giro y me acerco al pollo. Está temblando, porque ya se empieza a sentir el fresquito. Esta noche cae piedra. Le agarro la cabeza. Deslizo mis dedos por sus plumas y le rodeo el cuello. Lo agito un par de veces, hasta que se siente un crujido y el pollo deja de temblar.

Boyero

Sebastián Huber

Seudónimo: Malepauli

Ciudad de Córdoba

Ahí, detrás de un árbol. Digamos detrás de un árbol, de uno de los tantos que había. Muchos. Seguro que había muchos, ¿dónde se ha visto un campo sin muchos árboles? Los habrá, claro, pero a mí ahora no me interesa discutir eso. A decir verdad no me interesa discutir nada, no estoy para eso. No sé para qué estoy, pero seguro que para discutir no. Por lo pronto, me ubico. Dijimos detrás de un árbol, que es un lugar para ver sin ser visto.

Ver sin ser visto. Me gusta. Ser activo. Como coger sin ser cogido, cagar sin ser cagado. Imagino. Me lo permito porque soy el que la cuenta, como siempre. Amar sin ser amado. El que la cuenta siempre se toma alguna que otra licencia, se permite. Venias. Se atribuye características. Se atribuye actos. O los crece un poco, está aceptado, parte del acuerdo.

Es el precio que pagan los que se dedican solamente a escuchar. A que les cuenten.

Los pasivos.

Si te gusta estar ahí cómodo y que yo te cuente, es que sos un poco pasivo. El activo acá soy yo. El que cuenta. El que ve sin ser visto. Detrás de un árbol.

Desde ahí veo a mi tío abuelo. Serio. O más bien neutro, yo diría neutro. No es que está serio como uno se imagina a alguien serio, con el entrecejo en tensión. Fruncido. Así, seriate. No.

Neutro. Como en punto muerto.

Yo tengo diez años y el culo fruncido. Mi tío abuelo -o sea un tipo cualquiera, porque decir tío abuelo es decir nada, es lo mismo, no es ni una cosa ni la otra, para poco es mucho y para mucho es poco, ni un desconocido ni familia-, ese tipo, está serio o neutro y tiene una sogá en el brazo, colgando del brazo. Una sogá gruesa pero maleable. Una sogá dulce como el alambre dulce. Le cuelga. Y yo los espío. Le cuelga y yo los espío...

De todos modos, ¿está mal lo que hago? Si estuviese mirándolo desde la ventana, o desde debajo de la cama, o desde dentro de un ropero, o desde el sótano, ¿qué? ¿Sería menos grave? ¿Es tan grave? ¿Él se dará cuenta? ¿Se enojaría si se enterara de que los he visto? Así, neutro, ese tipo, dulce. Y una sogá.

Pongámosle “Juan”, por decir cualquier nombre. Ese es el primero que se me viene. Juan, ese tipo, el neutro, está con su perro. Negro, grande y guardián. Mi tío abuelo es negro también. Y lo otro, también. Y tira la sogá por arriba de una rama y yo pienso que a eso ya lo vi, ahora ya lo vi en mil películas, en “Los doce del patíbulo”, en “Rápido y mortal”, “La diligencia” y en todas las del oeste que vi. En “El ahorcado”, con Al Pacino, malísima. Y en Irak con Sadam Husein. Causa de muerte: pena de muerte, son chistosos estos gringos...

Ahora acá sí, ya me sé todo eso yo, pero en ese momento, a los diez años, faltaba un montón para que invadieran y bombardearan la noche, para lo de las armas de destrucción masiva que había o no había, y todo eso. De cine, encima, poco y nada cuando chico. Yo no sabía qué era eso en ese momento, ahí y entonces, pero era algo importante, lo noté en la neutralidad del Juan.

Uno no puede ser tan neutro, tan nada, algo tiene que pasarte. Alguna emoción se te escapa, sea que pisaste mierda y puteás, sea que pasa alguien y lo saludás sonriendo, o que mirás al cielo y ¡es tan lindo que te da por llorar! Por fin, tanto hacer fuerza por no llorar...

Pero si alguien está así de neutro es que algo le pasa. Algo grande y negro. Como el perro.

Mi tía abuela -digámosle acá “Juana”- estaba en la casa. Adentro. Capaz que estaba preparando la cena, que en el campo era a las siete y media de la tarde en verano y a las siete y media de la noche en invierno. La cena para su marido y para los peones. O por ahí hacía mermelada, o dulce, o cosía, o se masturbaba recordando la última vez que había gozado -que es lo mismo que decir la última vez que había quedado preñada. Perdón, pero se dice así, allá se dice así, en esa época. Me confundo con el tiempo. Entonces yo calculo que gozó doce veces, como los del patíbulo, porque tengo ocho tíos y otros cuatro se le fueron por la cloaca. Es poco, me digo. No es dulce.

Después, no sé bien cuándo, me enteré de que el perro -llamémoslo “Toby”- había tenido la poco feliz idea de matarle una oveja a mi tío abuelo, el Juan. El Toby, al Juan. No sé, algo le habrá pasado (esto me lo imagino), y era el único perro del campo.

Y que entonces el Juan lo llamó y agarró la sogá. Al resto lo vi, con estos ojos.

La pasó por arriba de una rama, llamó al Toby, hizo un nudo corredizo de esos que hacen los paisanos en el campo para algunas

cosas y los pescadores en el mar para otras, se lo pasó por alrededor del cuello como una corbata invertida mientras el Toby le movía la cola, como siempre, cariñoso, desprevenido. ¡Si nunca le habían ni pegado! Por otro lado, ¿para qué, no? Eso me pregunto a veces. Para qué.

Y así, el Juan, tan tranquilo, se dio media vuelta y empezó a caminar hacia mi lado. Haciendo fuerza, pero neutro. No dulce.

Yo le miro la cara para ver si veo algo, un quiebre, mínimo, o un poco de bronca, y también para no mirar al Toby, que deja de mover la cola cuando pierde pie, y ya empieza a sacudir las patas. No ladra, porque no puede. Carraspea ronco, se le hinchan los ojos, se muerde la lengua. Feos ruidos.

¿Qué hubiese hecho el Toby si algo lo hubiera salvado? Si la sogá se hubiese cortado, o el Juan se hubiera arrepentido, algo de último momento, un terremoto, una bomba de destrucción masiva. Algo. No sé. Capaz que nada. Capaz que salir corriendo a respirar bien lejos, y matar otra oveja para festejar la vida. No sé, y no me voy a enroscar a preguntármelo ahora.

El Juan caminó dos pasos más, con la mirada al horizonte y la boina cubriéndole la vista del sol. El Toby pataleando menos. Una eternidad. Yo dejé de mirar y después escuché los pasos que volvían sobre los pasos. Lo vi que lo levantaba, con cariño, de verdad, como si cargara a un bebé, o a su perrito. Como siempre, como desde que era cachorro. Y lo carga hasta cerca del monte, cerca de donde están la pala de punta usada y la pala ancha esperando, apoyadas contra un eucaliptus.

El pozo recibe al Toby, despacito, y enseguida las paladas. Silencio.

Y yo que aprovecho y me voy para la casa, medio como haciendo que vengo de por ahí y no me enteré de nada. Veo que el Juan me ve, de soslayo, pero hago como que yo no. Y entro con naturalidad. En la casa no hay nadie. Al ratito aparece la Juana, cara de esposa, y a la pasada me rasca la cabeza, cándida. Y después entra el Juan, que va directo al baño, se lava las manos y se sienta a tomar una copita de grapa. Y después comemos, los tres, como siempre que mis padres me llevaban al campo a pasar un fin de semana con la familia lejana. En el campo. Comemos corderos, lo mismo que los peones. Mañana será otro día, y me enteraré de que les regalan un cachorrito.

Hago como que me pongo contento, ya finjo bastante bien para la edad que tengo.

No pregunto, y vuelvo a la semana siguiente, como si nada.

No pasa nada.

Nunca pasa nada.

Ruido

Gustavo García Garabal

Seudónimo: Turco

Ciudad Autónoma de Buenos Aires

Lo escucho y me pone nervioso, en alerta. Hace un tiempo que aparece por la tarde, justo cuando me siento a tomar unos mates después de darle todo el día al sol, meta cortar troncos, hacer leña y cuidar los animales. Es raro, nunca lo había escuchado y no se parece a ninguno. Viene del monte.

Esta casa la hicimos con Manuela de adobe y palos con techo de paja porque es el más fresco. Antes vivíamos en una de chapa que en verano no se podía estar, el calor te ahogaba. Primero elegimos el lugar, al lado de un camino de tierra que corta el monte de norte a sur, está bueno porque cuando llueve podés salir igual. Al tiempo la fuimos amueblando, una mesa y cuatro sillas usadas pero lindas, un elástico de madera con un colchón y un ropero, eso gracias a que hace un tiempo conseguí trabajo con unos patrones que tienen árboles y aserradero. No pagan mucho pero ayuda, eso más los chanchos, las gallinas y lo que siembro, alcanza y algo sobra.

Ahora el ruido es más fuerte, desaparece un rato y vuelve con más ganas. Manuela dice que parece un jaguar, pero yo le digo que los gatos suenan más ronco. Este es corto y bruto, te hace sacudir. Al rato que aparece, en la nariz se siente algo fuerte, agrio, no se por qué, pero es así, nomás.

Los animales parecen no sentirlo, salvo el ovejero. El pobre mira para el monte y agacha las orejas, está asustado.

Hace calor, pero tengo que ponerme a preparar la comida de las gallinas. Cuando era chico me gustaba darles de comer, mi vieja me daba ese trabajo para hacer, bien temprano, después caminaba una legua para ir a la escuela. Nunca me gustaron los libros, si podía escaparme me iba al monte a buscar fruta con los otros pibes. Comíamos y después nos tirábamos al río. Que felicidad, en calzones, jugábamos a las luchas, a las carreras. Ahí conocí a mi primera chica, una alemanita de ojos verdes y pelo medio colorado. Me puse triste cu-

ando se fue a vivir a otro pago. Cuando mi viejo se enteraba de las escapadas te daba para que tengas y guardes, con la lonja te sacudía el lomo, te ardía una semana.

Ahora el ruido es grueso, más oscuro, retumba en las tripas. Hace tres noches lo escuché detrás de casa, fui a ver pero al rato estaba delante. Es del monte, pero no se donde está, capaz está ahí nomás. Cuando empezó, hará unos meses, llegué al borde de lo tupido para seguirlo, hice unos pasos y algo sentí detrás mío, como si fuera una sombra. Me cagué y me volví a la casa. Manuela insiste que para ella es algún bicho que está rondando las casas. Para mí no, es diferente, no es un animal, de los que conozco seguro no es.

Mi viejo se murió joven, chupaba mucho. La vieja se quedó sola con nosotros cinco. Me acuerdo cómo lloraba cuando llegaba la noche, tendría miedo. Mis hermanos y yo nos apretábamos en la misma pieza con una vela y nos dormíamos así temblando de susto y de hambre, la panza hacía ruido, ruido que dolía, me acuerdo, porque muchas veces no había para todos, comían los más chiquitos.

Este monte se tragó mucha gente, pienso, mientras la comida de los pollos está lista y ahora sólo me queda esperar la cena y ver como se hace de noche. Está más lejos el ruido, parece que va desapareciendo, ahora es como un chillido, un quejido, como si doliera algo, es feo.

Manuela no puede tener hijos, dice el doctor que es porque de chica estuvo jodida de los pulmones. También desnutrida, ella me contaba que sólo comía galleta y agua mala, de esa que te enferma. Igual parece que unos gringos de cerca de casa nos van a dar uno, tienen como diez, medio rubiones, lindos pibes. Me gusta pensar que voy a ser papá.

La cena está lista, unos choclos y un pedazo de pollo con tomate y papas, rico, cocina bien Manuela.

Al rato doy vueltas en la cama, mientras ella termina de lavar. Mucha soledad, en este monte cada vez somos menos, me jode pensar que por ahí también nos terminamos yendo.

La noche está espesa y oscura, sin una estrella. Sólo se escucha algún grito lejano de un bicho y su presa. Después, silencio.

Ojalá mañana no venga el ruido.

Test

Daniel Eduardo López

Seudónimo: Veintitrés

Las Higueras, Pcia. Córdoba

Mi prima vino a pedirme plata. Llevaba a su hijo a la escuela y quería comprarle la merienda. Ella tenía puesto un jean elastizado y a pesar del calor una camisa mangas largas. El nene traía mochila, remera y vaqueros. Viven a media cuadra; al igual que yo, sobre la ruta que va hacia Río Cuarto. Marisa no paraba de hablar; dijo algo sobre la humedad y de los semáforos nuevos sobre la ruta. Aseguró que no había pegado un ojo en toda la noche, y que cada vez se volvía más peligroso vivir allí. De repente se largó a reír y preguntó por Valentina y mis dos hijas. Le contesté que habían ido a comprar ropa.

Mejor, dijo, y me pidió que les sacara una foto con mi teléfono. Había olvidado el suyo.

No quiero, tío, se quejó Alejo y dejó caer la mochila.

Marisa le dijo que debían tener una foto del primer día, que no fuera mal criado. Él se tapó los oídos.

Dale, todos los chicos van a tener la suya.

Así, no, dijo Alejo y tiró de su remera.

Mañana llega, te dije diez veces. No es para tanto, dijo Marisa y subió a su hijo a la verja.

Entonces voy mañana.

Ella lo abrazó, dejó sus labios sobre la frente y le habló en voz baja. Un camión de YPF salió del semáforo y un par de perros lo persiguieron. Marisa me invitó a ir con ellos.

Apago el horno y vamos, contesté sin dejar de mirar la remera de Alejo.

Marisa me siguió hasta la cocina y le di la plata para la merienda. Agarró el billete y lo metió en el bolsillo trasero de su vaquero con un movimiento descuidado, cómo quitándole importancia.

No te podés olvidar.

Me acordé el sábado a la noche.

El primer día, Marisa, dejáte de joder.

¡Se me pasó! ¿Qué querés que le haga?

Se sentó en una silla y se encorvó sobre la mesa, con la cabeza entre los brazos. Le alcancé el rollo de cocina; se limpió la nariz y guardó un par de hojas en el bolsillo del vaquero.

¿Y esto?, preguntó señalando un sobre de plástico.

Nada, dije y levanté el sobre de la mesa.

Marisa me lo arrebató antes de que pudiera dejarlo sobre el aparador.

Se van a México, qué lindo, dijo cuando leyó lo de adentro.

Se desplomó sobre la silla y el tapizado soltó el aire en un silbido. El detalle de los pasajes y reservas de hotel quedaron sobre el mantel. Marisa se paró, miró por encima de mi hombro hacia la calle y me entregó una pipeta que sacó del bolsillo de la camisa. El test era como una lapicera blanca y plana, con las dos líneas rojas del positivo.

¡Estás loca!

Levantó los hombros y volvió a limpiarse la nariz. Agarró la pipeta, abrió el mueble del bajo mesada y la tiró en el tacho de basura. Se fue al baño.

¿Y Sergio?, pregunté cuándo volvió.

Sacó un vaso del seca platos y se sirvió de la canilla. Bebió el agua de un tirón, con los ojos cerrados.

Hace una semana que no viene, respondió, y salió hacia la vereda.

En el living la agarré del brazo. Dio un tirón y se alejó unos pasos. Se arremangó la camisa y acarició el brazo.

¿Qué vas a hacer?, dije mirando la mancha violeta bajo su codo.

¿Para qué preguntás, si ya sabés?

¿Otra vez?

¿A ver, genio? Decime cual que me queda. ¿Un viaje a México para festejar los cuarenta?

¡Te podés morir!

No me queda otra.

Salió.

Volví a la cocina y escuché el grito de Marisa. Me apuré. En la vereda no estaban. Una ambulancia pasó el semáforo en rojo y dobló en la esquina; cuando la sirena se fue escuché otra vez.

¡Alejo!

Por un segundo todo fue pausa; sin tráfico, vecinos o mascotas molestas. Troté hasta la esquina del semáforo y miré hacia la escuela.

¡Acá!, gritó Marisa.

Venían desde su casa. Alejo lloraba y ella le limpió la cara con las servilletas que se había guardado. Caminamos hacia la escuela. Marisa se metió en la panadería de la vuelta de casa y Alejo dejó la mochila en el suelo y se apoyó en un aroma de la vereda. Del negocio salieron

dos mamás y sus hijos. Las mujeres comentaron algo y rieron; los niños saludaron a Alejo y se fueron charlando. Levanté la mochila y la sacudí. Le conté que mis hijas habían empezado esa mañana, que estaban contentas, aunque el acto les había parecido aburrido. Me miró como a un desconocido y agachó la cabeza.

Ya sé que empezaron, dijo mientras le daba patadas suaves a la planta. Son mis primas.

Marisa salió de la panadería y guardó dos alfajores de maicena en la mochila.

Volvamos, ma.

Ella lo abrazó desde atrás; apoyó los labios sobre la cabeza y le susurró algo que no escuché.

No. Vamos a casa, dijo Alejo.

Se agarró más fuerte del árbol y la punta de los dedos se le pusieron blancas. Marisa volvió a besarlo y lo desprendió de a poco. Una mano, un beso; la otra mano, un susurro. Alejo se estiró la remera hasta sacársela del vaquero.

¡Mentirosa!, gritó.

El panadero se asomó por el portón de los vehículos con el mate en la mano. Nos miró sin prestarnos atención.

Primer día, le dijo Marisa.

Saludé a una vecina que acompañaba a una niña que iba en bicicleta; el guardapolvo tableado dejaba ver las bermudas celestes y unos zoquetes immaculados sobre las piernitas bronceadas. La mujer me saludó por mi nombre y la nena levantó la mano y me sonrió. Marisa agachó la cabeza y se mordió los labios.

Vamos, dijo y tiró de Alejo con decisión.

La vereda de la escuela hervía en una capa inferior de blancos; por encima flotaban los colores de marzo. Había conos naranjas y policías de tránsito en cada una de las esquinas. Saludé al intendente y al presidente de la Cooperativa Eléctrica. Alejo miraba sus pasos, cada tanto pateaba una piedra o alguna basura. Alguien le habló a Marisa. Ella, sin contestar, apuró el paso hasta meterse en el pórtico. La vi esquivar saludos con una pericia que no le conocía. El olor agrio de las transpiraciones copó la galería principal y una maestra tiró Poet en las cortinas. Dos adolescentes posaban para unas selfis con alumnos, y una madre, arrodillada, revisaba la mochila de su hija. Las autoridades se acomodaron y la directora hizo una seña a la maestra que manejaba el equipo de sonido. Sonó la Marcha de la Bandera y un acople chillón la dejó en suspenso. Marisa me codeó y señaló a Alejo: conversaba con una compañera y se reían. La Marcha regresó y los abanderados cruzaron hacia el escenario por un pasillo de alumnos y familiares. Marisa se acomodó el pelo, irguió la espalda y me tomó del brazo.

Cuarto oscuro

Paula Yeyati Preiss

Seudónimo: Lupe Contreras

Ciudad Autónoma de Buenos Aires

Todos los que nos conocimos en aquella sala habíamos perdido a alguien. Eso nos había unido en un primer lugar, la pérdida. Nos decían que conversar sobre el tema ayudaba. Íbamos a aquel edificio sobre la calle Hidalgo todos los miércoles a las 19 hs. y hablábamos sobre nuestras historias, sobre lo lento que pasan los días, sobre lo difícil que es cerrar ciertas puertas.

El primero de nuestros encuentros a oscuras ocurrió de casualidad. Se cortó la electricidad sin aviso mientras estábamos sentados en ronda. Federico tenía la palabra, hablaba del último cumpleaños de su pareja dos años atrás, pero ni bien se fue la luz también se fue su voz. Por unos segundos solo se escucharon respiraciones agitadas, algún suspiro; la tensión de la página en blanco. La luz es, después de todo, la que mantiene en pie las normas, lo familiar, el marco de lo posible. Sin ella, nos encontramos en el plano de la excepción, de lo arbitrario. En medio de la confusión, nuestras manos tantearon ciegamente el aire a nuestro alrededor, buscando algo concreto a lo que aferrarnos.

Ingrid fue la primera en romper el silencio. Pronunció un nombre que todos reconocimos, el que había mencionado en varios encuentros: Gonzalo. Seguimos el sonido de su voz y distinguimos dos figuras abrazándose en la penumbra. Ingrid, aquella mujer siempre tan apagada y reservada, de repente reía. El nombre hacía eco una y otra vez en las paredes del cuarto, como una invocación: “Gonzalo, Gonzalo, Gonzalo”. En ese instante parecía realmente posible que estuviera ahí, aquel hombre que llevaba enterrado tres años. Varios más nos paramos y empezamos a reconocer viejas caras. No fue difícil obviar las imprecisiones, dejarse creer, abrir los brazos.

De repente, las fotografías arrugadas que guardábamos en nuestros cajones se materializaban y se volvían presencias tibias, que ceraban sus manos sobre las nuestras y nos envolvían con firmeza. Con los ojos ciegos, cada roce y cada respiración se multiplicaba y potenc-

iaba. Dedos entrelazados, narices apoyadas contra mejillas húmedas, la sala poblada de nombres susurrados que se mezclaban entre sí. No hacía falta ver los rostros para saber que estaban ahí.

Cuando volvió la luz a los pocos minutos, nos sentimos desnudos y expuestos. Ahí estábamos, abrazados entre nosotros, confundidos, con restos de lágrimas, sonrisas y expresiones de sorpresa. Doris, nuestra terapeuta, nos miraba muda desde su silla. Tardamos en reaccionar, como sonámbulos a los que se despierta con demasiada violencia. Ingrid fue la primera en bajar los brazos. Soltó a Federico y volvió a sentarse en su lugar, sin mirar a nadie.

Doris nos dijo que era algo completamente normal, que la pena suele mostrarnos cosas que no están realmente ahí, como un mecanismo de defensa en situaciones de duelo. Espejismos, los llamó. Pero todos podíamos jurar esa noche que nuestros encuentros habían sido más que eso. Abrieron un vacío nuevo, una necesidad de algo a lo que creíamos haber renunciado. Ese día, nadie más habló de lo que había pasado, pero todos nos fuimos con la misma certeza: necesitábamos repetirlo.

Empezamos a encontrarnos cada vez más temprano: 18:45, 18:30, 18:15. Esperábamos en el lugar de siempre, a oscuras, y observábamos las demás siluetas que ingresaban a la sala. Nadie hablaba, las voces solían arruinarlo. La luz apenas alcanzaba para distinguir cuerpos anónimos, los nuestros, que completábamos con los rasgos que quisiéramos ver. Era una experiencia adictiva.

Un día, Doris llegó antes de tiempo y nos descubrió ahí, reunidos en la oscuridad. Se enojó, era esperable. Dijo que no era sano, que no era un método que pudiera avalar. Teníamos que aprender a soltar a aquellos que ya no estaban, nos explicó, ese teatro de sombras no nos iba a ayudar. Le respondimos que la entendíamos, que tenía razón. Sabíamos que no tenía sentido discutir. Ese fue nuestro último miércoles en Hidalgo.

Nos empezamos a juntar en lo de Ingrid. Fue idea de Marta, la que perdió al hijo en un accidente de moto. Ya no hay café, ni sanguchitos, ni terapeuta, como en las sesiones anteriores. Solo necesitamos un cuarto oscuro. Tampoco se habla ahora. Son reuniones silenciosas, es mejor así.

Las reglas son pocas, pero sirven para evitar situaciones incómodas. La más importante es la que sostiene que el trato en la oscuridad debe ser siempre neutral, mínimo. La establecimos después de aquella situación entre Ana y Francisco: uno sentía estar abrazando a su hija y la otra, a su esposo. No siempre son las mismas relaciones las que reproducimos en la penumbra, hay que cuidarnos de los malentendidos.

Rápidamente se corrió la voz, de boca en boca, entre susurros. La casa de Ingrid empezó a quedarnos chica después de los primeros encuentros. No esperábamos que se expandiera tanto el grupo, pero tal vez la epidemia siempre estuvo ahí. ¿Cuánta gente había estado esperando, sin saberlo, escuchar sobre nosotros? Ya somos muchos. La mayoría de los que vienen son desconocidos y quedan en el anonimato. Si nos reconocemos por la calle, fingimos no vernos. Solo pedimos prestados nuestros cuerpos, en el cuarto oscuro somos siempre alguien más.

Marta estuvo averiguando precios de salones infantiles por el barrio y nos dijo que había encontrado un lindo lugar, amplio, discreto, sin pelotero. Seguro nadie lo

alquila a la noche, en especial un miércoles. Tendremos que ir cambiándolo con el tiempo, para no llamar la atención. Tal vez expandirnos a dos, tres salones.

Lo que hacemos no lastima a nadie, pero la gente no entendería si supiera. A veces pienso que no podemos ser los primeros, que probablemente haya grupos como el nuestro en todo el mundo. Cada ciudad, cada barrio, debe tener su propio cuarto oscuro escondido por ahí. Son necesarios.

¿Qué diría Doris si supiera el destino de su triste grupo de Hidalgo? Querría que nos pudiera ver ahora, con esta tranquilidad. ¿No cambiaría de opinión? ¿No entendería, tal vez, la necesidad de mantener estas puertas abiertas en la oscuridad? En el fondo quiero creer que sí, que ella misma vendría a apagar la luz.

Maravilla

Natalia Rojo

Seudónimo: Alfredo Mora

Ciudad de Córdoba

Héctor trajo el perro dos semanas después de venirse a vivir conmigo. Era un dogo medio cachorro. Lo entró con una soga y un bozal. Me molestó que no me hubiera consultado antes, pero creo que lo que más me enojó es que se había gastado casi todo el sueldo comprando un perro de raza. ¿Qué le iba a decir yo si recién empezábamos a vivir juntos? Además me esforzaba mucho para hacerle sentir que también era su casa. Me miró como un niño que por primera vez puede tener algo que desea y me tragué todas mis dudas y opiniones.

Lo primero que me pregunté cuando lo dejó en el patio era quién iba a cuidarlo. Héctor había conseguido trabajo en la fábrica a principio de ese año y no podían asegurarle que continuara. Un primo suyo hizo el contacto porque conocía al gerente, aunque su familia parecía no tenerle fe. Siempre que se encontraban el primo le decía "...y Gordo, ¿ya arruinaste todo?". Después confirmé esa falta de confianza cuando nadie me dio una mano, ni siquiera se preocuparon. Nunca quise sentir que yo era la razón por la que él estaba haciendo semejante esfuerzo en el trabajo, pero en el fondo sabía que era por nosotros y los proyectos que teníamos.

La casa había sido de mis padres y se caía a pedazos. Apenas Héctor llevó sus cosas empezó a solucionar cada desperfecto que encontraba. Las malas instalaciones de luz, la humedad del baño, el problema del gas en la cocina. No tenía miedo a meter mano y lo hacía bien. En muy poco tiempo parecía otro lugar. Del patio, en cambio, me encargaba yo.

Ese era otro de los temas con el perro. No había forma de que se quedara tranquilo. Lo dejamos atado con la soga, después le compramos una cadena más larga, pero el animal enloquecía, no paraba de dar vueltas sobre sí mismo y se enredaba. Al principio esperaba a que llegara Héctor del trabajo, pero con el tiempo tuve que hacerme cargo yo porque se ahorcaba con la cadena. Igual nunca lo saqué a pasear,

me daba miedo que atacara a alguien. “No seas tonta, no ves que es un amor”, me respondía Héctor y le agarraba la cara llena de baba. No me gustaba decirle lo que tenía que hacer, le miraba las manos sucias hasta que llegaba la hora de la cena. Sentía alivio cuando por fin le podía pedir que se las lavara antes de comer. Él me decía todo el tiempo que yo era un sol, que jamás lo molestaba con nada y que nunca se había sentido tan tranquilo en toda su vida. Por eso sé que Héctor no se fue, que algo le pasó.

Le puso Maravilla. Yo pensé que era porque lo veía perfecto y por eso nunca pregunté. Pero un día estaba en el bar y vi que en la tele presentaban a un boxeador que se llamaba así. No tenía ni idea de que era de una raza agresiva y ahí me di cuenta de que él sí sabía. Eso fue cuando Héctor ya no estaba, el día en que le salió el primer tumor.

Era una pelota más o menos chica en el ojo derecho. Fui a la veterinaria donde lo había comprado, me atendió el dueño. Aunque habían pasado más de dos años se acordaba de Maravilla. Después de examinarlo me dijo lo que era y que no había forma de sacarlo. Me avisó que tendría que acostumbrarme a verlo crecer y que seguramente le iban a salir muchos más. “Pero los otros sí vamos a poder sacarlos”, me dijo para tranquilizarme, “a esta raza les pasa mucho”. Casi le pregunto si le había avisado eso a Héctor antes de comprarlo, pero no me animé. Me dio mucha bronca. En ese momento pensé en cómo iba a hacer para seguir con la búsqueda mientras trabajaba y cuidaba al perro.

Por un tiempo pude. Me dedicaba a poner carteles con una foto de la cara de Héctor en los postes cerca de casa, ir todos los días a la comisaría para ver si tenían alguna novedad y pedirle al hijo del vecino que me ayudara con la compu para seguir poniendo cosas en internet. Durante varios días fui a ver a la familia, pero nadie se tomó en serio que Héctor no apareciera. Insinuaban, con indirectas para no lastimarme, que se había ido con alguien y me había abandonado. Escuché historias sobre otras veces. Pero yo sabía que no era verdad.

Antes de conocerlo yo había estado de novia por unos años, pero éramos muy chicos y nunca se nos ocurrió vivir juntos. Igual sé que no es necesario tener mucha experiencia para darte cuenta de qué tipo de persona tenés al lado. A Héctor lo conocí en la puerta de la casa donde después viviríamos. Yo estaba terminando de tirar las cosas de mis padres y él trabajaba en el terreno del frente. Había sacado unas bolsas al canasto y lo vi charlando con los otros obreros. Pasaron un par de horas y vino a tocarme la puerta. Sabía que era él porque lo había visto por la ventana. Me preguntó si no podía darles un poco de

hielo. Fue algo natural, no tuve ni que pensarlo, los días que siguieron mientras él trabajó en la obra pasaba con alguna excusa. Con el tiempo, cuando ya no tenía trabajo, le dije que si quería podía quedarse a dormir. De a poco fue trayendo sus cosas. Nunca lo obligué a hacer nada que no quisiera, siempre intenté que estuviera cómodo y que fuera feliz. Yo sé que éramos felices, estábamos tranquilos los dos.

El día en que Héctor no volvió, el perro no paraba de ladrar. Intentaba calmarlo mientras llamaba al teléfono. Los días siguientes y todos los días hasta que se enfermó, volví una y otra vez sobre lo que había pasado. Pero era lo mismo, nada fuera de lugar. Me levanté antes que Héctor para dejarle el desayuno listo, salió de la cama y sin vestirse vino a la cocina, me abrazó y me agradeció. Era algo común: cualquier cosa que hacía por él sabía que iba a reconocerlo. Desayunamos un poco en silencio porque quería escuchar la radio, se puso la ropa de trabajo, agarró la mochila, me dio un beso y salió para jugar unos minutos con Maravilla. Recuerdo que, viéndolos desde la ventana de la cocina, pensé que no había sido tan mala la idea de traerlo a casa.

El resto del día pasó como cualquier otro. Empecé a cocinar la cena temprano porque sabía que cuando llegara iba a tener hambre, la comida que le daban en el comedor de la fábrica era espantosa. Antes de que se hiciera la hora de salida fui a ver si todavía teníamos alimento para el perro. Ya no quedaba ni un poco para esa noche. Así que fui hasta el almacén del barrio. Había mucha gente adentro y el cajero era muy lento para cobrar. Estuve más de media hora esperando que me atendiera. Miraba el reloj y sospechaba que Héctor ya estaba en casa y yo no había llevado el teléfono, no había dejado ni una nota siquiera. Nunca sospeché que pudiera demorar tanto en un trámite tan sencillo. Cuando entré empecé a buscarlo por todos lados. Salí rápido al patio y Maravilla estaba ladrando como loco. Héctor nunca se demoraba, ya en ese momento sentí que había pasado algo. Pero intenté calmarme, decirme que siempre pensaba lo peor. Me senté, lo llamé la primera vez y fui a la heladera y abrí la cerveza que él se tomaba con la cena. Me imaginé que iba a entrar diciendo “no me vas a creer lo que pasó”. Lo llamé por segunda vez. A la hora había perdido la cuenta de las veces que había marcado su número. Intenté dormir, me levantaba cada media hora creyendo que ya estaría en la casa. Pero no. Al día siguiente fui a ver a la familia y de ahí a la policía. Supe que en la comisaría no iban a hacer nada, pero tenía que agotar todas las posibilidades. Me pregunto constantemente qué habría pasado si ese

día no me hubiese demorado en el almacén. Sé que no tiene sentido, pero necesito pensar que algo se podría haber hecho.

Tuve que empezar a llevar a Maravilla día por medio al veterinario. Le salían tumores por todos lados. Se los iban sacando. Le quedaban huecos de diferentes tamaños que tenía que cuidar para que no se llenaran de bichos. Me ponía un guante de látex, untaba un dedo en una crema antiséptica, lo metía en el orificio y refregaba bien en toda la superficie. Me había agarrado una acidez terrible así que tenía que hacer eso de la crema después de comer porque si lo hacía antes no podía probar bocado. Estaba hecha un palo, el perro tampoco comía nada.

Lo había dejado entrar a la casa, antes nunca lo habíamos permitido para que no se malacostumbrase. Desde que Héctor no estaba (o desde que se había enfermado) Maravilla había cambiado notablemente. Se quedaba tranquilo y me seguía a donde iba. Por eso me animé a hacerle los tratamientos, si hubiese sido el mismo que antes no me acercaba a tocarlo.

Una tarde el veterinario me dijo que no podía estirar más la decisión. Que iba a tener que sacrificarlo. Estaba lleno de huecos y el tumor del ojo era cada vez más grande. No le hice caso en ese momento, esperé todo lo que pude. No paraba de llorar. Se tiraba debajo de mis pies y se quejaba por cualquier movimiento. El último día solo conseguía hacer un chillido horrible y se refregaba contra la pared sin parar, tuve que alzarlo y llevarlo hasta la veterinaria. El dueño me vio llegar y se dio cuenta enseguida de lo que venía a hacer. Me explicó que ellos podían cremarlo y yo le rogué si podía llevarme las cenizas. El hombre se incomodó. Me pidió mil disculpas porque la persona que limpiaba el horno no había pasado en esos días y entonces no iba a poder asegurarme que las cenizas fueran todas de mi perro. No podía creer lo que me estaba diciendo pero a esa altura no podía llevarlo a ningún otro lado. Le dije que sí y después de unas horas salí de la veterinaria con un frasco de plástico, creo que era de alimento para peces, lleno de los restos de todos los animales muertos del barrio. Me empecé a sentir mal y tuve que sentarme en la plaza de enfrente. No podía dejar de pensar en cómo iba a explicarle a Héctor lo que le había pasado a Maravilla. Tuve que concentrarme para respirar y dejar de llorar. Cuando llegué a casa hice un hueco en la parte del patio donde lo dejábamos atado, tiré las cenizas y las tapé con tierra. Iba a poner alguna planta pero no tenía sentido. En ese lugar hacía tiempo que no crecía nada.

